

Llevo a cabo, no obstante, estas objeciones generales, con un cierto pesar puesto que, como ya he señalado, esta obra es precisamente un intento de superar la inercia existente en la producción historiográfica actual y, por lo tanto, en cuanto a sus objetivos reformistas y reformuladores de la disciplina histórica me identifico plenamente con ella. Las críticas vertidas desde un radical escepticismo (¿quién puede decir aquí que lo tenga todo claro?) no deben ensombrecer este titánico trabajo ni su significación. «*Absolutismo y Comunidad*» es una obra bien trabada en todos sus aspectos que se ha convertido, hoy por hoy en la referencia básica en cuanto a la reflexión sobre el problema comunero se refiere. Nos encontramos, sin duda, ante la *opera prima* de uno de los talentos más manifiestos de la historiografía española de los últimos tiempos. **Pedro A. Piedras Monroy.**

CURSENTE Benoit, *Des maisons et des hommes. La Gascogne médiévale (XI<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècle)*, Presses Universitaire du Mirail, Université du Toulouse Le Mirail, Toulouse, 1998, 605 pp.

Benoît Cursente, discípulo de Charles Higounet, publicó hace casi veinte años una obra que marcó un hito en la historia del poblamiento, *Les castelnaux de la Gascogne médiévale* (Burdeos, 1980). En ella analizaba el proceso de expansión de los siglos XI al XIII en la sociedad de Gasconia desde el ángulo privilegiado de la formación de un determinado tipo de burgos castrales, los llamados *castelnaux*. En *Des maisons et des hommes*, se replantea la cuestión a través de una propuesta de similar registro metodológico, pero eligiendo un aspecto socio-institucional diferente.

En este libro, B. Cursente parece sugerir que el poblamiento agrupado no constituye un factor suficiente para explicar la estructura y evolución de la sociedad rural entre el Pirineo y el Garona, de modo que es necesario buscar un eslabón de menor complejidad y mayor polivalencia. De este modo, selecciona como elemento fundamental que le sirve de hilo conductor a lo largo todo el trabajo el *casal*, un vocablo que —como *manso* o *villa*, familiares a cualquier medievalista— recubre una amplia gama de realidades materiales. Naturalmente, la definición más sencilla corresponde a la de una célula campesina formada por una casa y su parcela con su explotación agraria, pero las fuentes gasconas permiten verificar que puede tratarse además de un núcleo familiar estable al cual se subordinan otras casas y tenencias campesinas menores. Igualmente, el *casal* se relaciona con la capacidad de participar en los derechos de uso de los comunales, que no es reconocida a todos los aldeanos sino exclusivamente a los dueños de «casales», y, en el extremo opuesto, es también una unidad de percepción fiscal de un *servicium* relacionado con la servidumbre. En ocasiones puede ser el soporte del poder público mediante prestaciones de rentas y hueste pero, en la Baja Edad Media, se convierte en una designación para humildes bordas y piezas de tierra dedicadas a la horticultura. Este resumen apenas recoge la variedad de posibili-

dades de identificación proporcionadas por el *casal* en una región muy diversa en sus paisajes rurales y marcada por la dispersión de los poderes feudales. Conviene añadir, por otra parte, que, con respecto a su primera tentativa, el autor ha ampliado notablemente el área geográfica cubierta y la duración cronológica, al incluir los siglos XIV y XV para verificar el impacto de las crisis en la reconfiguración de los «casales».

Me gustaría insistir en la singularidad del método utilizado por Benoît Cursente, que le lleva a alejarse de lo que podríamos llamar un estudio convencional desarrollado diacrónicamente y organizado temáticamente en torno a problemas clásicos como el poblamiento, la demografía, la formación de los paisajes agrarios, la ordenación de los poderes, etc., para presentar un esquema mucho menos evidente y bastante más difícil. Pretende comprobar las transformaciones sociales sucedidas en este medio milenio desde un punto de observación, el *casal*, endógeno a los grupos campesinos. En consecuencia, explica la instalación de la estructura de «casales» conformando vagas nebulosas de casas y campos en los hábitats posteriores al año mil; la evolución diferenciada que experimenta el sistema de «casales», que culmina en un mosaico de variedades locales producidas por el impacto de una larga etapa (fines del siglo XI-fines del siglo XIII) de concentración del poblamiento; y, por último, la desintegración del sistema, casi completa en la Gascuña septentrional, parcial pero intensa en Comminges, Bigorre y Béarn, y más limitada en los altos valles pirenaicos, donde este arcaísmo social resiste, encuadrando una sociedad profundamente estable.

El lector encontrará, sin duda, dificultades para asimilar un trabajo que se caracteriza por su extrema complejidad y por la deliberada elección hecha por Benoît Cursente en favor de una exposición argumentativa. En efecto, la secuencia de los fenómenos sociales que trata nunca es inmediatamente previsible en el proceso de lectura, como tampoco es nada fácil aventurar cuáles van a ser los giros que adopte la reflexión del autor. No es, por tanto, un trabajo descriptivo en modo alguno y las explicaciones de Cursente se basan siempre en la aportación, pausada pero continua, de un flujo de ejemplos documentales que va adosando unos a otros para construir sofisticados argumentos. Una dialéctica entre los casos concretos y el razonamiento que no se basa en la ilustración (el ejemplo *ilustra* el razonamiento) sino, por el contrario, en una *configuración* del razonamiento mediante los casos que estudia detalladamente. De ahí la notable originalidad de este libro, que se aparta de la inmensa mayoría de las obras sobre historia rural para levantar no sólo un modelo regional de evolución histórica en este terreno sino también un modelo distinto de construcción del objeto histórico. La dificultad se aúna a la riqueza y creatividad intelectuales.

Sin embargo, es importante resaltar que la raíz de esa dificultad estriba en la exigencia de dar cuenta de la sociedad gascona medieval, muy segmentada geográfica y socialmente, que es pasto de influencias muy contrapuestas, pero en absoluto surge de la escritura del autor, siempre clara, inteligente y bien articulada, cualidades que se aprecian particularmente en el tratamiento de los dossieres documentales, expuestos de manera vivaz y sugerente. Es grato, además, consta-

tar que es, tal vez, la primera entre las grandes tesis francesas en la que la bibliografía española está dignamente representada, a la altura al menos de los recientes avances que ha experimentado en la historia rural.

Benoît Cursente dedica la primera de las tres partes del libro al periodo comprendido entre el siglo XI y los años centrales del siglo XIII; es decir, la etapa de implantación de los «casales» y aquélla en la que adquieren sus rasgos más específicos. Aborda, pues, la definición de esta estructura agraria, que cobra aspecto tanto de unidades de residencia campesinas como de conjuntos territoriales que acogen varias casas e incluso disponen de iglesias. Subraya su trascendencia para la organización del poder condal, que se superpone al sistema de «casales» y lo utiliza para su ramificación patrimonial y política; así como para la imposición de exacciones señoriales, una imposición que asume progresivamente matices serviles. Finalmente, retoma la relación entre los «casales» y las casas campesinas desde la tendencia a constituir unidades basadas en la casa-*casal*, que superan la realidad concreta de las casas e incluso su dimensión familiar para reunir los derechos inherentes a estas células domésticas y transmisibles a través de prácticas de sucesión cada vez más elaboradas.

La segunda parte está centrada alrededor del problema de la concentración de la población gascona en burgos rurales y mercantiles. Esta *congregatio hominum* constituye una de las particularidades más interesantes del Midi francés y, a la vez, es la más susceptible de comparaciones con otras sociedades contemporáneas. El autor retoma la clasificación que había ofrecido Charles Higounet (*sauvetés*, *castelnaux* y *bastidas*) para proponer un esquema más general, cuya influencia será, sin duda, grande: burgos eclesiásticos, burgos castrales y burgos nuevos o bastidas. Examina con detenimiento la cronología y evolución de estos tres tipos de hábitat agrupados y, en especial, la relación que se establece con el sistema de «casales», muy desvirtuado a medida que crece la «urbanización» de la sociedad gascona. Cursente lo sintetiza con la expresión «del poblamiento *per casalem* al poblamiento *per domum*», a la vez que muestra cómo se modifican sustancialmente las condiciones de vida campesinas en el seno de esos burgos y cómo, bajo la apariencia igualitaria y democrática de esas nuevas comunidades, laten las desigualdades sociales. Pero la oleada de creación de burgos no aniquila por completo a los «casales» y la tercera parte está destinada a explicar las peculiaridades de esas supervivencias.

La crisis bajomedieval manifestada a través de las pestes y la guerra en esta región compartida por ingleses y franceses produce extrañas disimetrías en la evolución de los burgos, sin que, no obstante, el hábitat agrupado pierda la fidelidad de los campesinos: en Gascuña central, la desaparición de los «casales» favorece la multiplicación de las «bordas» para la explotación agraria de los terrazgos. En las tierras bearnesas, la influencia de los poderes principescos y de la concentración del hábitat, que hacen más rígidos los cuadros materiales y espaciales de la zona, no impide la formación de una «sociedad de casas», con un alto grado de independencia en la gestión de su ecosistema y, en algunos casos, incluso el control de lo que el autor denomina «la economía de lo sagrado» a través de

los clérigos locales. Ello supone una estratificación de las «casas» campesinas que hereda la desigualdad de los «casales» tradicionales.

Más allá de la vasta complejidad de los asuntos tratados por Benoît Cursente, tres son los temas principales que dominan la problemática del libro y que se encuentran recurrentemente atravesándolo como un armazón que sustenta la reflexión. Uno de ellos está formado por los avatares de la servidumbre, en una fase «señorial», es decir, posterior a la «mutación feudal» del siglo XI, una cuestión crucial a menudo ignorada, en la que arcaísmos sociales, estatutos jurídicos y formas de dominación se combinan para someter a algunos grupos campesinos a privaciones de su libertad individual, sentidas siempre como deshonorosas. Estas restricciones se desarrollan en sociedades –como la gascona– en las que son considerables la movilidad campesina y las transformaciones del hábitat, así como la implantación de poderes más o menos centralizados. Discernir las facetas de esta servidumbre es uno de los logros de esta obra. En segundo lugar, destaca el reagrupamiento de la población en burgos y la incidencia que este proceso tiene en la sociabilidad, la identidad campesina y la ordenación del poder, que son unánimemente reconocidos como aspectos trascendentales del periodo central de la Edad Media. Y, en tercer lugar, el escasamente planteado problema de las desigualdades en el seno del campesinado. El autor se esfuerza por restituir (a veces con fuentes muy limitadas) la nada sencilla trama de relaciones de subordinación y jerarquización entre las «casas» (y «casales») dominantes y las dependientes o inestables. No es difícil admitir la existencia de esas élites campesinas, pero es mucho más complicado discernir el contenido de su posición: subarrendamientos de tierras, redistribución de las exigencias fiscales, disfrute de franquicias, control de los comunales, representación del colectivo aldeano y un largo etcétera de aspectos descritos por Benoît Cursente.

Como conclusión, quisiera señalar que este libro se sitúa en un incierto ámbito historiográfico, alejado de las tendencias que preconizan la utilidad de examinar casos locales y que conceden mucha importancia a los componentes tópicos de la historia de las mentalidades, en cuanto que tiene una vocación inequívocamente regional, insiste en la vertebración de los poderes y concede la adecuada atención a los aspectos dinámicos del devenir histórico. Pero tampoco es demasiado contiguo con la historia social anglosajona, como la practicada por Chris Wickham, de la que le separa la insistencia en la vertiente institucional de los procesos de cambio social. Es, por tanto, una investigación muy sólida y renovadora, que actualiza sensiblemente la fórmula de las tesis de historia regional a la vez que propone una aproximación a la historia social de las clases campesinas diferente y enriquecedora. **Carlos Laliena Corbera.** (Universidad de Zaragoza).

GALÁN SÁNCHEZ, A. y PEINADO SANTAELLA, R., *Hacienda regia y población en el reino de Granada: La geografía morisca a comienzos del siglo XVI*, Universidad de Granada, 1997, 310 pp.